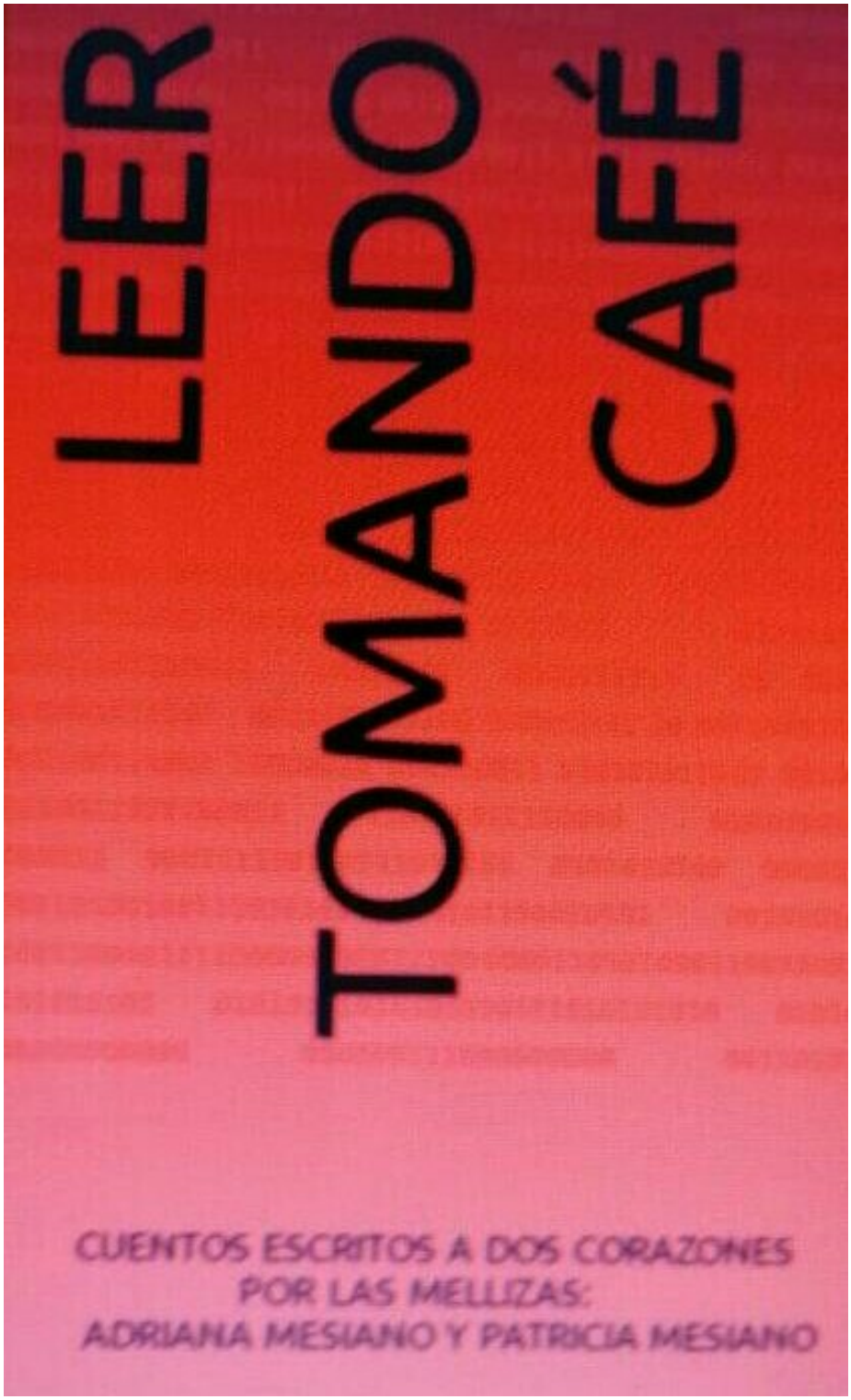
El Ceibo, tercer cuento del libro Leer tomando café.

Adriana y Patricia Mesiano



Capítulo 1

El Ceibo.
Hay gente que vive solo una vida, la que puede o la que quiere, pero solo una. A otros, en cambio, se les presenta la necesidad o la oportunidad de volver a comenzar varias veces, y lo hacen.
Jerónimo había vivido ya varias vidas cuando se sorprendió con la aparición casi virginal de Mariana, un regalo del universo; en ese momento conoció el amor, el compromiso unido al deseo. Ella era buena, comprensiva, paciente y pasional. A él le encantó que tuviera dos retoños; eran tres los que necesitaban su cariño, que obsequió a borbotones.
Convivieron casi desde que se conocieron; sentían que eran el uno para el otro; no se permitieron espacio para estar en soledad porque no lo necesitaban.
Un día decidieron ir los cuatro juntos a plantar un árbol. No tenían tierra propia, pero fueron hasta un balneario a una hora de Montevideo, uno que les propuso el azar. Eligieron también al azar un terreno baldío cerca del mar y se convencieron de que lo comprarían y se harían allí una casa hermosa. Quitaron los altos pastos de una zona con sus manos, a los tirones, riendo a más no poder, y confiaron en que debajo de la futura sombra de esa ramita leerían y jugarían hasta hacerse todos muy viejitos.
La vida está casi siempre tan alejada de los sueños. El amor se desvaneció, no siempre es eterno.
Habían vuelto a verse en contadas ocasiones. Unos años luego de haberse separado, él supo por una amiga en común que a Mariana le habían detectado un cáncer y la acompañó, como amigo, en su larga lucha.
El tiempo voló y Jerónimo vivía otra vida ya, cuando recibió un mensaje de Miguel Ángel, el mayor de aquellos niños a quienes había aprendido a sentir como sus hijos. Contestó de forma inmediata esas líneas que eran acotadas en su extensión y demostración de afecto. Con curiosidad y algo de temor estaba aceptando el encuentro en el bar que le propuso.
Se adelantó, imaginó que sería más sencillo levantarse de su silla para saludar al hijo, que abrir la puerta del bar, buscar el rostro y sostener su mirada hasta la mesa. Los dos quisieron ser formales y medidos, por si acaso, pero ninguno pudo; el abrazo y la emoción fueron una fiesta.
—El último café lo compartimos hace ya más de un año, en el velatorio de mamá —recordó Miguel, aún muy emocionado—. Me pareció que nos debíamos otro; no lo vas a creer, pero el de este bar tiene un sabor similar al que hacía ella —reflexionó sin poder contener la pena.
—Veremos si es cierto, pero lo dudo —afirmó Jerónimo queriendo, con el desafío y la sonrisa, alivianar la carga de recuerdos reinante.
—Me voy a vivir a Rocha, a Aguas Dulces, en un par de meses; Rosa nos consiguió una casa a dos cuadras de la suya, y tenemos prometido trabajo para mi compañera y para mí.
—Felicitaciones, me alegra mucho saber que vuelven a estar juntos ¿podría ayudarlos de algún modo? —preguntó Jerónimo—

—No, gracias, lo que esperamos es que algún día nos visites. Quise verte también por otro motivo: estuve en aquel balneario donde fuimos un día a plantar un ceibo, ¿te acordás?
—Del paseo y del ceibo sí, pero del balneario creo que no, no lo recuerdo —señaló bajando la voz y con algo de vergüenza.
—Yo tampoco lo recordaba, pero la casualidad quiso que la semana pasada un compañero de trabajo me invitara a su casa. Quedamos en encontrarnos en el bar *La Placita*, en Cuchilla Alta, y al entrar me di cuenta de que ya había estado allí. Fue donde le explicaste al dueño que antes de pedir debíamos pasar todos al aseo, porque habíamos plantado un árbol; reconocí el bar, y hasta creo que pude reconocer aquella sonrisa de su propietario. Le conté la historia a mi amigo, él me dijo que siempre pasaba por una casa en cuyo fondo había un ceibo, me llevó hasta allí; casi muero cuando lo vi. Acá te anoté la dirección del bar, este es el dibujo de las calles para que puedas encontrar el árbol. Te dejo también una copia de aquella vieja foto que siempre conservó mamá y yo heredé, y una de nuestro ceibo hoy, crecido y en flor, para que sepas que lo hicimos bien, que era un buen lugar, y produce una hermosa sombra.
—Este es el café más rico y parecido al de Mariana que jamás tomé —dijo Jerónimo sin creerlo mientras miraba las fotos—, mantengamos su recuerdo en nuestros corazones, con cacao arriba. Tomemos otro, nos vendrá bien, y me explicás mejor cómo llegar allí ¿cómo se llama el balneario? —interrumpió sus dudas para pedir otros dos cafés y, más preocupado por el futuro que del pasado, continuó— Contame de Rosa y de vos, ¿cómo están?
Miguel Ángel hablaba y, quien se había sentido su padre, tenía ganas de volver a estar frente a aquellos niños. Jerónimo preguntaba y acotaba, pero su alma no estaba allí. Se imaginaba jugando con la sopa a hacer avioncitos, con el fin de que los niños comieran. Se veía retándolos con dureza mientras les guiñaba un ojo y les prohibía, con un gesto, que se rieran, para que la madre no supiera que el enojo no era tal.
Quisiera haber podido cambiar mi vida sin joder las de los demás, pero se hace imposible, se confesó Jerónimo besando a su esposa y a sus otros hijos, al llegar a su nueva casa. Se recostó en el sofá con un libro entre las manos, a sabiendas de que era una excusa para que no lo molestaran, que solo quería pensar. Deseaba revivir la emoción y el grado de capacidad de soñar que habían tenido el día que plantaron aquel ceibo.